

UNA GIRA A LA PEÑA DE UDALA.



Ya que la fortuna no me deparó el subir á la torre de Eiffel para admirar las bellezas del arte, habré de contentarme con referir mi subida á la peña de Udala, desde donde, en cambio, se contemplan los encantos de la naturaleza.

Era el domingo 29 de Octubre de 1888, cuando por complacer á un hijo que en ocho años largos no habia pisado los umbrales de casa, me propuse acompañarle haciendo una caminata de dos horas, que nosotros yendo despacio empleamos en ganar la cresta de *Udalach*, que así llamamos en la tierra, y que se eleva á los 1.083 metros sobre el nivel del mar.

Su figura piramidal es más esbelta vista de un punto que de otro. De ningún lado ofrece un panorama tan bello como desde Calezarra de Oñate, de donde al erudito Ponz, que la vió á fines del pasado siglo, le pareció un sombrero de general de los de su tiempo; una mitra al señor Obispo de la Habana desde el convento de Vidaurreta, y al señor Rodriguez Ferrer, desde el jardin del Sr. Alzáa, un majestuoso cono que se eleva sobre las demás alturas ofreciendo la más poética perspectiva.

Al llegar á la hondonada que forman los dos picos más elevados de la peña, y en el centro de un frondoso y ameno prado, divisamos las ruinas de un edificio, de severo aspecto y de más que regulares dimensiones, que al que las ve por primera vez no pueden ménos de sorprenderle. Allí sentados sobre unas rocas estaban cuidando de sus rebaños de ovejas Felipe Barrutia y Felipe Zubia, de los caseríos de Urúburu (vulgo) *Cabuena*, y de Leorra, y me alegré de verlos para dirigirles algunas preguntas, porque de las cosas bascongadas tengo más fe en la tradicion que en los libros. Hicimos un pequeño alto en aque-

lla solitaria selva para descansar un rato y confortar nuestros estómagos, compartiendo las modestas provisiones que llevábamos, con un peleon que no debió ser tan malo cuando al acariciar la bota, decían: *ezta au trabenakua*.

—Y ¿qué fué esto?—les pregunté aludiendo á las ruinas que teníamos enfrente.

—¿No lo sabía V.?—me contestó uno de ellos;—pues la ermita de Asensio, donde hubo ermitaños y hasta se conservan los vestigios del camino por donde subían *manduak*.

—Pero ¿y de dónde se proveían del agua—les repuse—los que hayan habitado en estas asperezas?—á lo que me contestaron:

—En la cueva de ahí abajo existe una pila que al decir de los viejos era manantial en otro tiempo.

Ignorando que en *Udalach* hubiese otra cueva que la de San Valerio, de la que me ocuparé en otra ocasion, y ántes que una neblina malograra nuestra empresa, á pesar de encontrarme á la sazón tan conforme como Pedro y Santiago en el monte Tabor, pensamos en levantar nuestros reales y prepararnos á la ascension á la punta, para luego reunirnos en el sitio mismo donde tan gratamente habíamos reposado.

La distancia que nos faltaba para llegar al pináculo no era larga ni penosa si se quiere, aunque el paso es accidentado y no faltan precipicios, y más que todo, en un cortísimo trecho, que se asemeja á las crines de un caballo, donde se divisa un mojon labrado y es el signo geodésico que la comision 7.^a del mapa de España colocó el día 15 de Julio de 1868. Y con dos pasos más ya estamos en la punta de *Udalach*.

Allí estuvo Garibay á los 27 años de edad, ahora 330 años, desde donde dijo que se veía la llanada de Alaba, el golfo Cantábrico, las riberas marítimas de Francia y los arenales de Capbreton, si el día está claro. No sabemos si el cronista llevaba anteojos, pues los telescopios inventados por Jausson datan del año 1590; el primer microscopio que se vió en Alemania fué en 1621, y los anteojos de larga vista no se inventaron has el año 1626. La punta de *Udalach* es un prado de figura elíptica, que tendrá unos 16 metros de ancho por 9 de largo, de finísima yerba, y en donde en épocas se ven rosas y claveles de rara hermosura. El historiador mondragonés, hablando en general de esta peña, dejó escrito que en ella abundaban el bol-arménico y plantas medicinales, y que en parajes donde el sol le hiere, existen varios

metales, aunque los naturales del pueblo, ocupados sólo en labrar hierro y acero, no se interesaban en la explotación de otras minas.

Absortos ante el panorama que á nuestro alrededor se ofrecía, oímos la campana de las doce de Elorrio y la de Mondragon á un mismo tiempo, lo que nos obligó á bajar, toda vez que nuestros acompañantes tenían que acudir á sus familias. Al descender por la parte de Arrázola nos indicaron la cueva y la pila de que ántes habíamos hablado; y en efecto, es una gruta donde cabrían más de mil personas. Su entrada es un enorme arco que parece hecho artificialmente, y nos dijeron que era allí donde los rebaños se recogían huyendo de los grandes calores, lo que se evidencia al ver que todo está cuajado de excrementos de ovejas, incluso la pila, que apenas se distingue.

Dejamos aquel sitio despidiéndonos de los acompañantes, y volvimos mi hijo y yo á las ruinas, no sin apercibirnos en el camino de una sima espantosa y de enormes peñascos partidos por el rayo.

Aquellas ruinas fueron la basílica de la Ascension, donde en los tiempos antiguos, según Garibay, moraron virtuosos anacoretas, hombres de letras que se sustentaban con las ofrendas de los marineros y navegantes y de las personas piadosas que iban en peregrinación. Muy remotos debieron de ser aquellos tiempos, pues Garibay no los conoció. Lo único que yo sé es una partida de tres reales que aparece en las cuentas del año 1582 por estipendio de la misa votiva celebrada allí el día de la Ascension. Por aquella época subía la letanía anualmente: luego fué delegado este encargo al párroco de Udala, y finalmente cayó en desuso, hasta que el año 1773 fué demolida la ermita por disposición del ayuntamiento, y de sus materiales se bajaron algunas tejas de colosal tamaño y grosor.

Desde el segundo pico se ve claramente el pueblo de Mondragon, y en particular el balcon de la casa que habito. Al descender á Udala, ya nuestras provisiones se habían agotado y quise apagar la sed que me devoraba, en la helada fuente de aquel barrio, pero hube de desistir cediendo á los consejos de mi hijo. En cambio llamamos en el caserío de Uriarte, donde nos salió una agraciada jóven, única persona que había en la casa, á quien pedimos un vaso de leche, que nos sirvió al poco rato bajo de un nogal, cerca del caserío. Mientras saboreábamos la exquisita leche, le referí á mi hijo, como recuerdo de familia, que en dicho caserío nació, en 3 de Mayo de 1761, la madre de mi madre, Mari-Cruz de Uriarte y Zabarte, á quien conocí muy anciana; y como

yo no gustaba acostarme ántes que otros, me tomaba en su regazo, y al amor de la lumbre trataba de reducirme á sueño con aquel cantar que jamás he de olvidar:

Beko kaliao dago
Damia Kontsescho,
Andiše pasatzenda
Zalduna sarricho.

MIGUEL DE MADINABEITIA.

Mondragon y Junio 5 de 1890.

EZKILLAREN LAU JO ALDIYAK.

ARGI-EZKILLA.

Egatzichoak esnaturikan
Asten dirade kantari,
Ongi etorri danak batean
Egiñaz eguzkiyari;
Festak egiñaz egon oi dira
Zeru urdiñ jantziyari,
Arrera ona diyote oso
Egiten egun onari.

Bakantzen dira izarrak eta
Asten da egon argiya,
Garbiro oso agertu oi da
Eguzki dizdizariya;
Indar galdurik ezkututzen da
Presakacho illargiya,
Danbakatzen da ezkill-dorrean
Berri on zabalgarriya.

EGUARDI-EZKILLA.

Egun erdiya irichitzian
Amabi dira orduak,
Indar galtzeak orduan ditu
Eltze kentzeakin suak;
Tupi, krišpi ta arranbarrilla
Surtan egonik beruak,
Chinchilikatu bear dirade
Egon ditezen jasuak,

Ordu oriyek jo ondorean
Dator ezkillaren jua,
Eta orduan errezatzen da
Maiyan jarririk Kredua;
Sudurretara etortzen zaigu
Eltzekai usai gozua,
Eta sartzen da geren barruna
Berdindurikan gozua.